





GUADALUPE SANTA CRUZ, chilena, nació en 1952 en Orange, Nueva Jersey, Estados Unidos. Inició estudios de Filosofía en la Universidad Católica de Chile. Exiliada en Bélgica, estudió Grabado en la Academia de Bellas Artes de Lieja. Se licenció en Formación de Adultos y Educación Permanente en la Universidad de la misma ciudad. Durante los años 70 y 80 integró la Asociación de grabadores La Poupée d'Encre. Entre otros, ha recibido el premio del Consejo Nacional del Libro (Chile) en novela inédita (2004), así como el premio Atenea (Universidad de Concepción, Chile) a la mejor obra literaria nacional (2006), la beca Brec del Gobierno de Canadá con pasantía en Montreal (2001) y la beca John Simon Guggenheim Foundation de Nueva York, Estados Unidos (1998).

Ha publicado las novelas *Salir* (1989), *Cita capital* (1992), *El contagio* (1997), *Los conversos* (2001), *Plasma* (2005); los libros *Quebrada, las cordilleras en andas* (2006) y *Ojo líquido* (2011).



LO QUE VIBRA POR LAS SUPERFICIES

ENSAYO, 4

GUADALUPE SANTA CRUZ

LO QUE VIBRA POR LAS SUPERFICIES



SANGRÍA

© Guadalupe Santa Cruz
N° 224.627
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-29-6

© Derechos reservados para esta edición:
2013, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoa–
mericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones
de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida
coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos
criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Martín Centeno, Mónica Ríos y Carlos Labbé.
Agradecemos la colaboración de Nadia Prado en las correcciones.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de la cubierta fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta primera edición se terminó de imprimir en octubre de 2013 en Im–
prenta Dimacofi, Santiago de Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso
privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas
una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Presentación.....	17
I.....	21
El espesor de las palabras.....	23
No toda velocidad	31
El rumor de las listas	43
Para una imposible historia de los nombres en el continente	49
II.....	67
Devolver los nombres a los cuerpos.	69
Golpes sin cuerpo	80
Mujeres enfamiliadas o «aleladas de inacción».....	88
III.....	101
De las superficies.....	103
Capitales del olvido.....	121
La ciudad archipiélago.....	137
La ciudad, mapa de tintas.....	165

Deseo de azar.....	183
Tumultos, túmulos y escritura.....	197
IV.....	211
Esas cicatrices, ¿dónde están?.....	213
Empacho y silencio.....	227
Notas.....	239
Índice analítico	266





A la amistad, a esa conversación esporádica o sostenida, cercana o alejada en el tiempo, sin la cual el pensamiento dejaría de ser una aventura compartida:

A Gustavo Boldrini, Elizabeth Collingwood-Selby, Roberto Contador, Stéphanie Decante, Chantal de Rementería, Eugenio Dittborn, Juan Gelpí, Olga Grau, Elvira Hernández, Pedro Holz, Claudio Herrera, Christian Israel, Marlene Knaudt, Ignacio Lewkowicz, Francesca Lombardo, Kena Lorenzini, Juan Luis Martínez, Javier Norambuena, Miguel D. Norambuena, Andrea Ocampo, Raquel Olea, Verónica Petrowitch, Nadia Prado, Dominique Rodríguez, Antonia Rossi, Cecilia Sánchez, Áurea María Sotomayor, Willy Thayer, Gloria Torres, Armando Uribe, Miguel Vicuña, Ximena Zavala, Sergio Zorrilla.

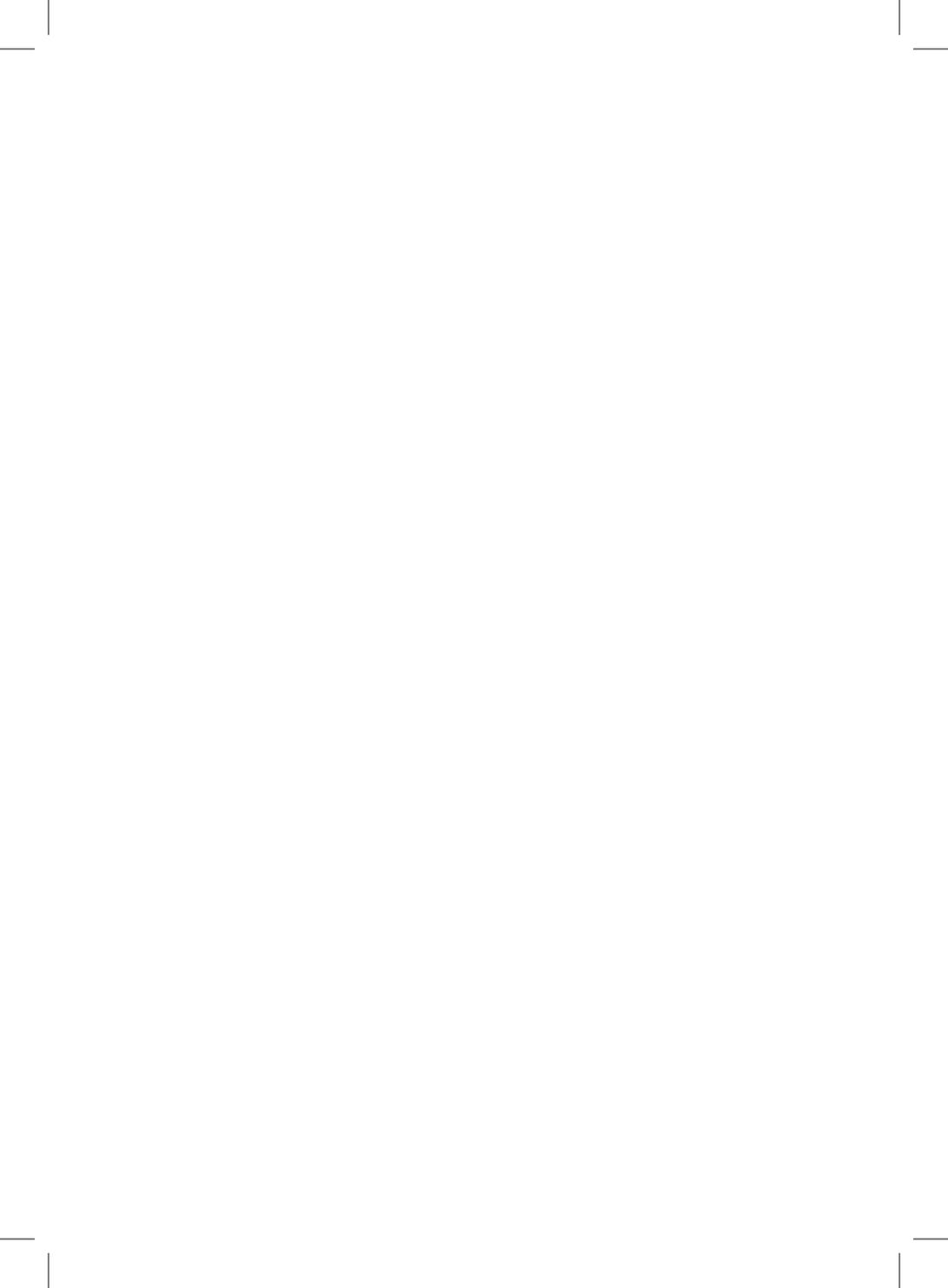


Las cosas no existen sin lugar.

Simón Rodríguez

Cuando una palabra se vuelca, hace tambalearse a las palabras vecinas. [...] Cuando las palabras cambian de sentido, cuando la gente las arrima contra sí, con sus manos, ellas entran en su cuerpo, lo obligan a cambiar de sentido, le hacen salir várices.

Nicole Houde



Escribí estos textos a lo largo de casi veinte años. Apurada a veces por una comprensión súbita, una imagen que debía plasmar a fin de aliviarme de su peso. Otras, exigida por una invitación a reflexionar y dialogar –en una mesa, un seminario o una conferencia–, a presentar una obra escrita por otros, a participar con un artículo en la aproximación entre varios a una problemática o coyuntura acuciante. De ahí los encontrados pulsos de estos ensayos.

En la corrección dejé intactos algunos de ellos –muchas veces los más añosos, como «Empacho y silencio», o los más resentidos (abramos esta palabra a sus múltiples posibilidades), como «Esas cicatrices»– porque me parecía imposible intervenir en el humor que los había empujado, en el calor del momento que les pertenece y que nos vuelve, escritura y cuerpo, «piezas de un museo abierto y desperdigado por el paisaje». Otros textos fueron ampliados desde la mirada de hoy, en una obsesión por seguir calzando una pregunta que, a pesar de las diferentes y sucesivas inclinaciones personales para

abordarla, en mí sigue abierta y de modo cada vez más vasto: así los nombres en sus distintas declinaciones para nuestro continente; así la historia alojada siempre en algún espacio y los cuerpos imprimiéndole al tiempo –nunca lineal ni uniforme– un lugar; así la profunda disputa por la velocidad, valor dominante de hoy entendido solo desde una orilla, la misma que recorta el tiempo en contra de los cuerpos que poseen un relato. Fundí en «De las superficies» y busqué abrochar, como diría Ana Rivera (ella se refiere a un aspecto del erotismo y lo hace desde su larga experiencia en Andacollo), dos ¿amores? que recorren mi escritura, las superficies y los sueños. Allí se encuentra la más extrema materialidad, enrevesada con lo intangible de ciertas imágenes fugaces, cambiantes, que en su potencia desafían y rebalsan esa otra velocidad con que nos ilusiona la circulación de las mercancías. En las superficies todas –papel, pantalla, paisaje, palabra– están las sombras del tiempo y del deseo, de la memoria que aún sucede y por venir, la vida propiamente revuelta, la historia.

Lo que llevó a la selección y al ordenamiento de los textos está precisamente muy alejado de lo *cronológico*, sigue más bien una línea relacionada con la dificultad para decir. Ensayar decir, de todas las formas posibles, en el cuerpo a cuerpo con la lengua, contra la distancia entre palabras y acontecimientos, en lo estrecho del

alfabeto, con letras que es preciso volver imágenes para otorgarles nuevos entendimientos, en fin; de manera más contingente, la tragedia del adelgazamiento de las palabras, la pérdida de su don de nombrar que ha habitado nuestro acontecer en Chile no solo durante la dictadura cívico-militar sino, de manera más sutil y perniciosa, en el transcurso de los veinte años de gobierno de la Concertación, cuando este bien común, la palabra, fue objeto de ingenierías del lenguaje en vez de multiplicar sus *usos y costumbres* al igual que otro circulante crucial, el agua, que hace la democratización de un suelo.

Finalmente se trata de una dificultad para decir –la puedo reconocer entre líneas y en el flujo por momentos retenido de esta escritura–, evitando imitar lo que se critica. Violencia experimentada durante las últimas décadas en este país, violencia de las sonrisas y los silencios llenos de dientes, violencia de los «golpes sin cuerpo» o violencia de Estado, que no se origina en la dictadura sino que arrastra su filo desde una Historia aún –y siempre– en estado de dilucidación, ¿cómo abordar esa violencia sin hacer del cuerpo de las palabras un objeto inanimado o un objeto a secas? ¿Cómo no machacarlas? ¿Cómo esquivar esa forma de frontalidad –pesquisa y horadamiento de cualquier orden– que inevitablemente reduce al otro, a lo otro? Al diferir (ademán robado a la narrativa) ese embate, la escritura parece volverse más

opaca. Y es que el deseo de devolverle a las palabras su fuerza no puede sino alejarlas de toda ilusión de *transparencia*.

*Guadalupe Santa Cruz,
diciembre de 2012*

I



El espesor de las palabras

Cuando no hay otra manera de recorrerlo¹, de decirlo: el paisaje es extrañamente conocido, pero la lengua ajena. Huyen las palabras, resbalan como mercurio sobre los hechos. De los acontecimientos a la experiencia el flujo no es únicamente feliz, va entrecortado por aquella distancia. Solo se ve lo que se conoce, pero también, por cansancio, por desgaste de las cosas y de la mirada, solo se ve aquello que se inventa. La invención intentaría aquietar el espasmo, el desconcierto entre las cosas, acortar la distancia entre los acontecimientos y la falta de palabras.

Son cuerpos incómodos aquellos que escriben textos a modo de ensayos. Ensayan una y otra vez medirse con los órdenes que amenazan enderezar su puño, rompen una y otra vez la coraza de las palabras, esas armaduras que son las obligaciones disciplinarias de cada lenguaje, forzadas a avanzar reafirmando su pertenencia a un linaje, deuda siempre abierta con el saber que se paga con el gesto repetido de la restitución: creer en la

transparencia de los vocablos, en su falta de densidad. (Como si la escritura no debiera traicionarse a sí misma para juntarse con el engaño de los acontecimientos).

Quienes escriben ensayos tienen el pulso malo de los viajeros, mal estivados, empujados siempre a trasbordar y recomenzar sus maletas. Viaja Mistral, viaja Benjamin, viaja Martí, viaja Sarduy. Hubo y hay tal vez una noche, los focos iluminan el andén con aquella luz anaranjada de los sitios que no existen más que para los otros. El andén es igual a otros andenes, sin embargo tan distinto en la nitidez con que los ojos del extranjero intentan atraparlo. Transpira expulsado del itinerario que recorre. Huye con la espalda y de frente, viaja, ingresa en los paisajes con el semblante ahíto de la sorpresa. Su cuerpo se entrega, se defiende (nadie se desplaza sin pérdidas): secreta palabras. Los rieles bifurcan como frases iniciadas que se lanzan en diversas direcciones. Quien viaja no encuentra continuidad fuera de sí, busca un punto de unión en su cuerpo disgregado, busca la diferencia entre un lugar y otro que pueda finalmente reunirlos. El lápiz es quebradizo, como la lengua, como los sitios sin zócalo, como las bibliotecas manoseadas y leídas en desorden, como el pensamiento que quedara suspendido en cada trunco lugar. No prosigue la frase heredada, aquella que se encerró en los múltiples recintos que atravesaba. (Carl Einstein escribe rehusándolos,

desde su propia intemperie). De esos recintos guarda algunos trofeos, papeles arrugados en los bolsillos, en la memoria, que atan una a otra no las materias, no la serie encadenada de la enciclopedia, sino la propia desazón, la luz, la alucinación, las heridas en los ojos. No escribe con la punta de los dedos, escribe acostado en el papel, levanta actas de aquello que lo deja fuera, bosqueja un lugar y una palabra posibles de habitar.

Ensayan escribir quienes viajan, quienes han quedado atrapados en el remolino de alguno de esos tránsitos. Algo se desliza a favor, pero algo se desliza también en contra: se abre un trazado contrariando el aire y ese aire se adhiere con un leve temblor que se agita bajo la máquina (o bajo el cuerpo, no se sabe). De noche, sobre todo, se hace más insistente. En los puentes o viaductos donde quedan revoloteando esos revuelos que trasladan los cuerpos llevados aparentemente por las máquinas. Las obras viales acortan el paisaje, salvan un obstáculo y éste se resiente, de ahí el retumbo de la velocidad atrapada entre las columnas de la baranda o entre los fierros de contención de la estructura metálica: algo se concentra y se expande (se trata tal vez de una quebrada, de la indicación de otra huella). Los neumáticos, más blandos al cruzar aquellas superficies sobre el vacío zumban marcando un traspaso, los fierros transpiran vapor, como si los artefactos lanzaran al aire el vaho que

los pasajeros retienen en la cabina de las maquinarias, protegidos de la conmoción. El roce se va escribiendo a pesar de sí.

Marguerite Duras en el atracadero. Antes, siempre y aun después, antes de cruzar el Mekong aquel día. Varias novelas, distintas posturas del cuerpo para escribirlas, un ensayo tras otro para fijar aquel tiempo que vuelve, para repetir la palabra, el momento de la palabra *antes* sin dejarla atrás. Río, delta o alcohol, un mismo *antes*, la misma travesía que detiene el curso de un tiempo ya declinado pero aún por escribir. O el intervalo, el antes y el después con que marca –no solo el espacio– la puerta de un recinto de detención. Puntuación violenta que imprime aquella puerta cada vez que es abierta y cerrada, en el recinto de detención clandestino donde impera la impunidad más radical, fuera de alfabeto. Puede ser nombrada la puerta en su esclusa temporal, en su feroz domesticidad, pero del alfabeto quedan fugados aquellos cuerpos que han sabido del antes y el después. Y, para aliento de las palabras, otros textos echarán mano a otras puertas a modo de balizas que reparten el lenguaje a orillas del alfabeto: las imágenes en *La nueva novela* de Juan Luis Martínez, leídas por Armando Uribe² como la callada puntuación que da su forma a esta obra. ¿Puntuación que excede las palabras? Tal es la desproporción en el

exilio del abecedario, en la travesía que no puede sino inventar sus propias «señales de ruta».

¿Y el cuerpo cada vez más pequeño (en el recuerdo) de la descripción del emigrante en Nueva York por Martí? ¿Y la descomunal *W* en el paisaje de la infancia de Perec? Todo ensayo busca devolver a las letras la dimensión que le ha sido escamoteada por el uniforme alfabeto. Como si no nos hubiésemos enredado en alguno de sus signos y no fuesen el tartamudeo, la dislexia y la inaudita propensión a los lapsus una intensa relación con ese orden que nos antecede, y por el que queremos contra toda tranquilidad enhebrar palabras, enervarlas.

Se las pone en movimiento, entonces, como quien ensaya un nuevo juego. («Elevo la apuesta», frase materna evocada por Derrida como pulso y desafío para la escritura de *Circonfesión*³). En el aire detenido del viaje, en la fijeza que remeda su rotación, suenan de pronto nítidas algunas palabras, como si fuesen proferidas en seco por la memoria o si las escupiera el lugar hacia la ausencia de quien escribe. Las vio colgando de un letrero, cruzando una plaza en dirección a un cuerpo como si fuese un modo habitual de interpelar, entre las líneas de un menú, en la fulgurante imagen del despertar —así Benjamin—, en el pensamiento escrito de una mirada que no le es dirigida, en la mirada que percibe

en otro importando poco a quién pertenece porque lo hace mirar y escribir en un mismo gesto, desde aquel intervalo que separa y une las cosas cuando se está de viaje (cuando no hay lugar). Se aferra entonces a las cosas, camina sobre ellas para darse un entendimiento. Pero es el desplazamiento el que piensa a quien escribe, es la distancia.

Estas viajeras, estos viajeros que piensan en y por el espesor de las palabras –su último equipaje– abren con su escritura un forado en los paisajes ya conocidos porque ellos, a su vez, no han revocado, no han querido abandonar un paisaje primero que les ciñe la frente y desde el que resisten al discurso instituido. La nítida desolación de los objetos contra el desabrigo de las montañas del Elqui, su terrible desigualdad para la palabra desbocada de Mistral. El trémulo cuarto culpable de Bataille sobrecogido por los ojos vacíos del padre, por la guerra, cuya única ventana da sobre la noche por donde el derroche escapa. Las calles de San Pablo observadas y transpiradas por el éxtasis de Perlongher. La distancia entre el disfraz, la piel y el tatuaje en que desmaya Sarduy. La ciudad vuelta página sin borde, cada objeto conminando la lectura de Benjamin que de miniaturas hace monumentos y que reduce los “panoramas” a unas líneas de estenografía, con su tiempo vuelto imagen y la imagen vuelta pensamiento.

Estos ensayos que urden un pensamiento en la escritura y no antes de ella, que se niegan a limpiar la letra de la mugre y las hilachas que le adhiere la experiencia, no pueden más que desbaratar el orden del discurso, que es el orden de los lugares. Su texto es desencajado porque se desplaza entre una temporalidad y otra –esos respuntes que duelen–, entre una institución y otra –esos tramados que restan aliento–, entre una institución y sus descampados: esos campamentos que flotan dentro y fuera de la ciudad.

En nuestro continente que ha sido viaje –viaje por un tiempo plural y simultáneo, viaje entre las lenguas, entre el acato y la evasión de sus propias reglas, entre lo denominado y el nombre–, ¿cómo dar cuenta del ahuecamiento que acompaña el corazón de nuestro acontecer? La presión implacable del futuro que aparece como valor dominante y que reduce los otros tiempos al silencio, el machacamiento de un futuro desgranado en actualidades, en instantes que se queman unos a otros como ruinas inmediatas, las pantallas reflejadas en otras pantallas por un tiempo que no permite levantar su relieve, es sin embargo en este espacio calcinado por aquella velocidad que se hace preciso escribir. [1998]



No toda velocidad

¿Cómo se escribe, cómo poder escribir hoy? Digo, ¿sobre qué soportes escribir cuando todo parece en huida? ¿Está todo huyendo, o es solo la circulación –de mercancías, de imágenes, de datos– que transmite este vértigo? ¿Puede la escritura interceptar la concentración que mueve y sostiene este vértigo? Porque todo circula, pero no todo circula. La velocidad no es una sola⁴.

Está la velocidad que denuncia Paul Virilio como «alucinación de historia»⁵, como remedo de acontecimiento. Esta velocidad simula avanzar, aplanando la distancia entre partida y llegada, privilegiando los puertos de llegada: suprimiendo el trayecto, la trayectoria. Podría también jugar con su proposición: tal vez la propia supresión del trayecto, la inexistencia de trayecto, construye de ahora en más una alucinación de velocidad.

Y está también la velocidad que percibe el artista visual chileno Claudio Herrera en el escape de los presos políticos de la Cárcel de Alta Seguridad para el año nuevo de 1998, velocidad que según él los fugitivos

recogieron de la Historia (de la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, de la Semana Roja de Santiago, de las concentraciones populares multitudinarias en los años sesenta y setenta, entre otras).

Y está, asimismo, la velocidad que subraya Richard Sennett al hablar de ciertas estrategias individuales ante las actuales condiciones de las trabajadoras y los trabajadores presos de la pérdida de sus derechos, de la “flexibilidad” laboral, cuya carrera –competencia que se ha vuelto, precisamente, mera *carrera*, mero *currículum*, devaluando y suprimiendo la noción de experiencia–, cuya carrera física este autor compara a la «atención focal» de la liebre huyendo del zorro por fijación de la mirada en las patas del perseguidor⁶. Tal velocidad traumática y de corto plazo acompaña y adelanta, levemente, la velocidad de estos cazadores; presión que oprime a las subjetividades de manera solapada, que *apura* los productos y deja en la sombra las “trayectorias” –término caído en desuso en nuestro lenguaje común, que nombraba años atrás en este país una cierta riqueza, diversidad y singularidad en las experiencias de vida de una persona, y que englobaba al campo laboral–; signo de este mismo tiempo globalizado, varios autores –entre ellos Julia Kristeva⁷– vienen planteando que asistimos al ocaso de los sujetos respecto de quienes se puede decir que poseen una biografía.

Luego, la velocidad del urbanista Robert Moses, que despedazara barrios enteros –Marshall Berman describe este violento ahucamiento del paisaje, los cortes realizados en el Bronx, su barrio de infancia⁸– para abrir las ciudades a la lógica de las vías rápidas, graficando aquella primacía del tiempo sobre el espacio que permite a los pasajeros inmóviles seguir las pistas de su destino sin conmoverse, arrasar con la experiencia del paisaje, atravesar sin conflicto los nudos viales.

Y, siempre en la autopista, la velocidad de los motociclistas alucinados en el paisaje de *Easy Rider* (*Busco mi destino*), la película de Dennis Hopper y Peter Fonda, viajeros que corren hacia su fin, hacia el fin de un cierto relato de la experiencia.

Y también, también la imperceptible velocidad del deseo, las exploraciones y los intercambios sexuales de las y los jóvenes –que según la hermosa perspectiva de la psicoanalista y escritora chilena Francesca Lombardo son quienes lanzan y constituyen el lazo social en el Chile de hoy–; ellos van más rápido, pienso, que las proscripciones y los mandatos familiares, institucionales y religiosos.

O la bella velocidad de algunas obras escritas a des-tiempo en tiempos pasados, que nos alcanzan recién o de nuevo hoy: las de María Carolina Geel, las de Marta Brunet (como tantas otras obras de escritoras), las de Juan Emar.

Más perniciosa e indirecta, la manipulada celeridad de algunos procesos de crianza de animales para atender y surtir la velocidad en serie que proponen los locales de comida rápida. Las cadenas de restaurantes de algunas de estas industrias no solo cultivan el ágil ritmo del consumo gracias a las características de su atención y la estética de los locales –la demora es “expulsada” por el mobiliario liso y chillón, por el refractario piso embaldosado, y toda posibilidad de rincón suprimida por la iluminación blanca, pareja y moralizante–, sino también las porciones –la palabra porción fue, en momentos precolombinos, otro modo de decir nombre, señala Cecilia Vicuña– de carne que sirven envasadas, ni frescas ni añejas, sin tiempo, son una masa –no hay huesos duros que roer– proveniente de animales que se busca mudar en invertebrados, con el mínimo de piezas o presas inútiles (huesos y esqueleto, por ejemplo). Son masa de vacuno, masa de ave. Son cuerpos –en el caso de los pollos– inmovilizados para su engorde en los estrechos nichos, o por fracturación de sus patas. Los crían ya sobre una bandeja. Si somos lo que comemos –o hablamos como comemos–, si nos nutrimos también del proceso de producción que traen incorporados los alimentos, ellos nos comunican modos (modos de hacer, de sentir, de pensar) o adelantan para nosotros la forma que nos depara, en tanto consumidores, la mercancía: blandos,

compactos, invertebrados, de rápida y fácil digestión, en un paisaje de invisible violencia.

Todas estas velocidades nos atraviesan hoy. Algunas han despedazado el tejido social que era el nuestro: la velocidad del capital y la del acelerado discurso mediático –no son palabras las que se come, son sujetos–, que atomizan las voces, los relatos que eran colectivos, reemplazándolos por las “instrucciones de uso” de las mercancías, que ya no parecen llevar incorporadas la historia del trabajo (que es siempre historia de clases e historia de los cuerpos). A ello hay que sumar el no-relato de la institucionalidad que, a fuerza de suspender la palabra, de mantenerla cautiva de los consensos durante dos décadas, tronchó la velocidad que venían acumulando las múltiples narraciones tramadas en las formas de oposición y movilización bajo la dictadura militar.

Si la historia de la lengua es aquella de las convulsiones en las formas de dominación, cuando se estrechan los escenarios políticos oficiales –como ocurriera para la democracia pactada por la Concertación–, sucede lo mismo con el canal de la voz: el poder precisa disciplinar lo que hay de suelto en el cuerpo, lo que se fuga en la lengua. Esta época escasa que vivimos fue preparada con larga violencia; lo fue también por los técnicos del lenguaje. La promesa era trocar la impotencia –esa impotencia que

no habría que olvidar, que sigue presente, que es actualidad en su reverso—, trocar la impotencia de la palabra en particular por su gestión.

Esta blanda inocencia sobre un trasfondo de intercambios duros, como lo son la competencia sin ciudadanía, el éxito sin igualdad, la movilidad sin memoria, el futuro sin historia, es el trabajo de los ingenieros del lenguaje, el fruto de las “licitaciones” de la Transición. Hacer del país una empresa, usar el lenguaje como instrumento de adecuación —suprimir la distancia entre los hechos y las palabras, como si no fuese en aquel mismo trecho que titubea el sentido, es decir, que los vocablos hacen política— es hacer del país una represa que retiene y ahoga. (Y las palabras que ya no dicen, las palabras vaciadas, vuelven a hablar bajo la forma de los platos rotos con que los Pehuenches concluyeran el diálogo en la Mesa de negociación oficial.)

Tal vez nuestra historia sea aquella misma necesidad repetida de recurrir al concierto de objetos (los caerolazos, los bocinazos, el ronroneo de la hélice de los helicópteros) como sonido que suplanta el significado que restamos a las palabras. Somos hijos del mestizaje, de lenguas encontradas, y somos hijos de la gramática de Bello, de su “lengua depurada” . Buscamos solo bordear el riesgo que encierran las palabras. La posdictadura suscitó un despliegue de estrategias para sobrellevar

aquel peligro, para impedir la detonación de la lengua y tornarla en gramática eficaz mediante la cual se remodelaron –“se rediseñaron”, dice la empresa comunicacional de Fernando Flores– los lugares sin reinventar las cartografías.

El rostro que nos mira ahora de vuelta tiene ese algo inexpresivo y decoroso de la imagen *photoshopeada*.

Tal vez el tiempo irresuelto de la memoria traumática, como lo vivimos y seguimos viviendo hoy en Chile, nos haya hecho percibir de manera más aguda estas turbulencias, estos forados temporales, la desigual valoración de las cadencias que acompañan gestos, prácticas, “desempeños laborales” o creaciones, y los ritmos de fondo que marcan el sentido de lo que vivimos.

Si en otras épocas la separación de los espacios de producción afectiva, material, simbólica impidió ver que para muchas mujeres esto significaría –sigue significando– que el tiempo propio, el tiempo como derroche, sea un bien ajeno, y si luego el capital se apoderó de las pausas y los “tiempos muertos” en las cadenas de producción⁹, despertando resistencias en algunos sectores de trabajadores, las disputas por el tiempo no se encuentran hoy a la vista, parecen haberse diluido en algo que nos engloba, que ya no nos recorta en parcelas, sino que nos corta de nosotros mismos, de nuestra

historia. Y aunque sabemos que el tiempo se divide y se distribuye, y que no por ello es lineal ni binario, ya no es un reloj. Es un ojo y una pantalla a la vez. Y no veo cómo escribir si no es acostada en esa líquida frontera.

De modo que se vive en pedazos de textos y se escribe de manera despedazada. Esto no es propio de Chile: la inaudita concentración transnacional deja en calidad de jirones cualquier relato que no se incorpore en sus redes dominantes de circulación. Jirones son las escrituras experimentales, que acogen y componen con los jirones, que muestran en su factura la historia de su trabajo con el lenguaje. O la historia del cuerpo a cuerpo con el lenguaje. De cómo este lenguaje, que no tiene dueño, trabaja la ciudad, de cómo trabaja los cuerpos, de cómo trabaja las leyes, de cómo trabaja los espacios y los sentidos. Y de cómo es horadado el lenguaje por la propia historia que lo construye. Algo de esto es para mí la velocidad, ir más rápido que el olvido; olvido de lo acontecido y de aquello que está por acontecer.

He escrito en el ritmo desacompañado de los recorridos en bus por paraderos santiaguinos. De hecho, ha sido ese tiempo del derroche entre uno y otro trabajo (trabajo de *temporera*, digo, acorde con los tiempos, con los tiempos globalizados); el momento de derrame impulsado por el pequeño viaje, por la travesía –nunca similar– entre las calles de una ciudad saturada de

lenguaje; el derrame puntuado por los imprevisibles y singulares accidentes de este itinerario (nunca semejantes: las máquinas son manejadas por conductores que gobiernan los vehículos con la exacta violencia que calla nuestra sociedad). Las frases que arrancan con la aceleración de la máquina, que se tejen en los intervalos, se encuentran allí por leer. El derrame es el farrago de lo que rueda, de todo aquello que mueve el bus: para mí es máquina de escribir, máquina vertida que arrastra distintas velocidades. La rotación de los buses no solo devora ciudad por los ojos. En su trayecto se prenden y desprenden biografías quietas y paranoicas –los ojos puestos en las patas de los zorros–; cuerpos en apariencia autistas en su otro viaje, el que pulsan los auriculares; cuerpos que vuelven glamorosa la máquina, que la suben y la atraviesan adueñándose del relato que instauran en aquel instante de la carrera urbana; cuerpos que carían los dientes de todos los pasajeros, que apuntan a sus heridas –venden parchecuritas, venden pañuelos, venden agujas, venden dipirona (la aspirina de las calles)–; cuerpos que cuelgan del bus como quien *se cuelga* de la electricidad del alumbrado público, como quien se cuelga de otra corriente, de otra ligereza; cuerpos que se toman el sitio (como la mole impávida de las rodillas entreabiertas de aquel hombre que ocupa dos asientos), cuerpos que se toman el sitio

como mujeres y hombres han llevado a cabo las Tomas en los sitios periféricos de Santiago.

La máquina de escribir es hambrienta.

Pero se sabe que no siempre se escribe al escribir. Pasajera del bus o del Metro, se busca en el ojo –en la esfera húmeda del ojo– esos lugares donde quedó agarrada la escritura (como podría hacerlo una prenda, una manga rasgada, los puntos corridos de una media). Se sujeta la escritura de alguna pequeña aspereza encontrada en los trayectos, de algo que quiere limar o ser limado. O puede que la escritura se abulte al cambiar el cuerpo de plataforma y, mientras descendemos, ésta permanezca suspendida al ínfimo vértigo que le producen, por ejemplo, las baldosas y el estucado carnicero en estación Irarrázaval después de la flora en los mosaicos de estación Bustamante, o el estucado verde éter –acorde con la zona de hospitales y centros médicos– de la estación Salvador luego de las brillantes baldosas tricolores de estación Manuel Montt¹⁰. Escapamos por la boca del Metro, pero allí, en las líneas del pegamento de las baldosas, en el yeso recubierto de látex, en el marco vacío de las vitrinas de publicidad desocupadas, permanece algo que íbamos a escribir. No sobre la ciudad, no del poema de la ciudad que se escurre a sí mismo, sino sobre otras cosas que gotean.

También se escribe leyendo en circuitos de disímiles objetos e imágenes que se presentan a la vista. Se lee por pedazos, como esos circuitos se presentan hoy, fuera de algún gran relato. (Aunque la Constitución sigue siendo el gran relato que rige este país. Y es por medio de las «ficciones dominantes» –como las llama la escritora Suzanne Jacob, quien afirma que «la realidad nunca rebalsa la ficción, porque la ficción es la condición de la realidad»¹¹– que leemos lo que se llama la noticia). De modo que se busca escribir otra noticia que desdiga aquellas ficciones. Y se lee de reojo, despedazando lo ya despedazado, intentando unir de otro modo los retazos con el deseo de que liberen nuevos sentidos, imitando la velocidad que pertenece a los sueños al asociar elementos aventurosos –nunca arbitrarios– que, no sin peligro, iluminan nuestro acontecer.

Mi escritura ha querido experimentar con distintos espacios y emplazamientos, por asistir a la palabra que secretan allí diversos cuerpos en su mal de espacio; mal de espacio que no es más que las estrechas coordenadas que condenan a un lugar, a una ubicación, al entendimiento unívoco. Tal vez piense hoy que lo que empuja mi mano desea desenvolver, para mi regocijo, los distintos tiempos que se juegan en una situación, la taquicardia de una experiencia que se encuentra aún abierta. Mi mano desea fabricar tiempo para que las voces

puestas a rodar en un texto dejen traslucir el latido del lenguaje ante ciertos recintos, ante ciertas encrucijadas. Estos recintos o estos paisajes ceñidos, obturados, la mayoría de las veces retienen una cierta velocidad que podría ser vocación de los cuerpos. [2002]

El rumor de las listas

No son un texto las listas, no constituyen un capítulo y aun menos un libro¹². No son –en apariencia– literatura. No se componen como poema ni novela, su orden es dictado desde afuera; letras que fueron precipitadas ahí, sobre el papel, y se enderezaron juntas luego de que algo sucediera o fuese a tener lugar. Listaré algunas para alejar, para dotar de distintos modos su carga. Hay listas de

espera
deudores
asistencia¹³
postulantes
pasajeros
sorteados
rezagados
exonerados

Hay listas negras, hay listas de útiles, de compras y de encargos. Existen aquellas que garrapatea una mano, aquel gesto neurótico que desconfía de la memoria inmediata, que anota para luego tarjar la minucia, el deber, las tareas cumplidas.

Hay listas dramáticas –de víctimas fatales– y listas portentosas de caídos. Estampan una memoria que no puede fugarse: listas de ejecutados, listas de desaparecidos (a estas deben haber precedido listas siniestras, comandadas por responsables cuyos nombres y autorías aún están en fuga). Nuestra historia reciente hace de aquella vertical sucesión de señas, de aquella lacónica enumeración de nombres, una violenta laguna donde leemos –no podemos dejar de leer– en cada línea, en las entrelíneas y en aquella caligrafía roja que se acuesta siempre bajo los textos literarios, una trizadura (para cada nombre), un forado (para cada nombre), un pozo (para cada nombre). Esta grafía se vuelve signo cardíaco. Hay vida y ausencia y una interrogación que nos fisga, un piso que se derrumba una y otra vez en aquellas listas que cuelgan como cuerpos suspendidos, como historia en busca de relato. Si nos dejamos caer junto a cada nombre en el vértigo de su silenciosa singularidad, puede ser –no por desmedrar el sentido de las listas portentosas, sino por el contrario, para ir en contra de esta cultura que convive y tolera la desaparición de

cuerpos—, puede ser que leamos la guía telefónica como una novela, como una novela inabarcable.

Las listas que escamotean esta perplejidad hacen parte del archivo que administra la vida como información. La información entendida como listado, que equipara acontecimientos y experiencias, suprimiendo las preguntas de que cada cual es portador, y la particular humedad que las envuelve, no es otra que la violenta indiferenciación que manipulan los operadores de discursos, como la empresa Benetton y sus “colores unidos” o el violento travestismo populista del candidato Lavín. Estas operaciones mercantiles y políticas invitan a alistarse, a enrolarse en un circuito que, paradójicamente y a pesar de las imágenes que sugieren lo contrario, separa a los cuerpos de su historia, les sustrae su densidad histórica para fetichizarla en un montaje publicitario.

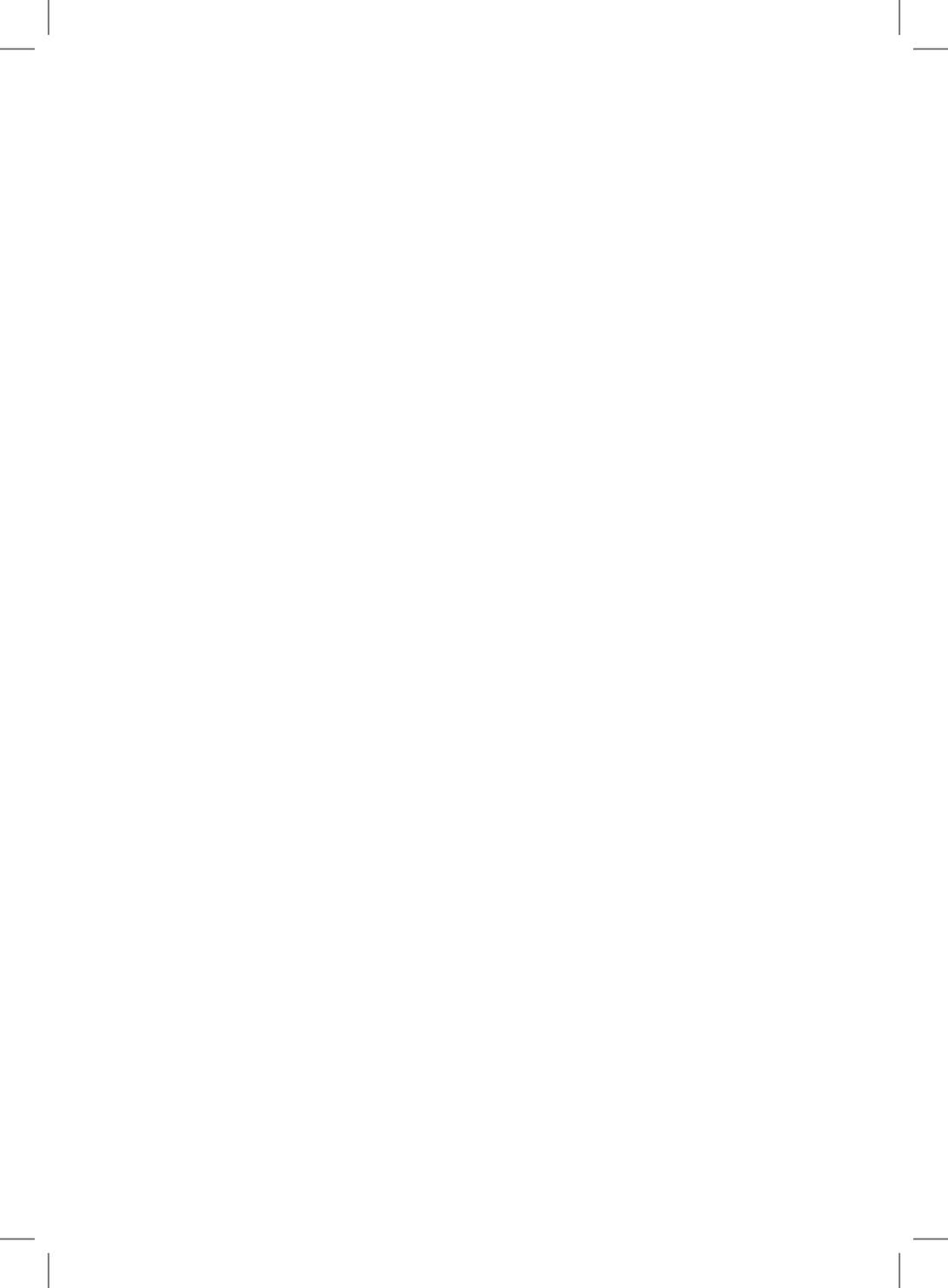
Entonces el ser parte de una lista, de varias listas, es hallarse aplanada en plantillas que ordenan una lógica única que anota y ahíla este nombre sustrayendo sus huesos. En estos huesos se alojarían también los otros nombres que lo componen y lo completan: el apellido de una Población —hoy tarjado y suplantado por un número de paradero—, el apellido de la zona geográfica —hoy reemplazado por un número de región—, el apellido de las pertenencias comunitarias o políticas —hoy ordenado

en grupos y determinaciones socioeconómicas—, los apodos, sobrenombres y chapas que quiebran y multiplican el nombre domiciliado —reducidos al “alias”—, y las entrelazadas biografías e historias compartidas, vueltas “currículum”, informe o “memoria” de actividades. Todos los pronombres están hoy en listas, en bancos de datos que constituyen un capital. Estas colecciones se construyen sobre la base de tratamientos de eficacia y precisión, que aíslan y vuelven a agrupar por categoría a los nombres: pequeñas operaciones quirúrgicas, fríos manoseos que desagregan los cuerpos, singulares y colectivos, que desmigajan la historia. (No es casual que entre las nociones de “pueblo” y “la gente” se ubique un tiempo de torturas y de terror. Allí se fraguaba ya la dispersión necesaria para establecer las *listas de nadie* de la ingeniería social y del mercado).

Lejos de éstas, de las listas concertadas y de las otras dictadas por la estética Benetton o por el montaje Lavín, la precariedad de las listas —ya sean las portentosas o la lista elemental de mercaderías escrita con tiza sobre la pizarra del almacén, o las listas irrisorias que ordenan poéticamente aquello que escapa—, su temblorosa sobriedad, alude más bien a algo que falta, a alguien que ha sido restado: «enumeramos porque no tenemos».

De no ser así, ¿por qué una lista alfabética que derrama nombres, apellidos, edad y oficio, expuesta en

lugares públicos de Santiago —la sala de baile del Refugio Peruano I, la boletería de la Estación Central de trenes¹⁴— ha provocado el sobresalto, el desasosiego de trabajadores y viajeros que merodeaban en estos emplazamientos? Como si ellas, ellos, fuesen interpelados por una hendidura que desde la lista los traspasa. Como si tropezaran con una ausencia. Como si aquella puesta en lista dejara en evidencia la amenaza, cumplida literalmente en el caso de las y los desaparecidos, en que nos debatimos: ser “la gente” de los agentes de algún programa. [2002]



Para una imposible historia de los nombres en el continente

«Adiós Baquedano. Me voy con Salvador, que es más millonario», dijo la loca entre la estación Baquedano y la estación Salvador, inmóvil en su butaca del Metro¹⁵. El poema de la loca venía recitándose desde estación Santa Lucía, y su locura residía en haber proseguido el poema de la ciudad, de esta misma ciudad que llama estación Cal y Canto a un sitio donde aquel puente se encuentra desde mucho tiempo ya desaparecido. El cuerpo que ella coloca a Baquedano –en el emplazamiento que todos conocemos por Plaza Italia– es el cuerpo que falta al puente en el nombre Cal y Canto.

Adivinamos, de alguna manera, que los nombres en América Latina poseen algo que les resta la calidad de definitivos: nombres de lugares, pronombres, apelativos individuales, nombres de sucesos. Flotan, intuimos, con un peso titubeante, sin acabar de posarse en un suelo que pueda hacerse cargo de esa nombradía. Una vez pronunciados, el sentido de aquellos nombres es recorrido por un leve temblor, dejando algo de su constitución, de su

genealogía –de su geología– al descubierto. Una vez proferidos, pareciera debatirse, en sus denotaciones y connotaciones, la trama de poderes que urdió el sentido y la ubicación de estos nombres, volviendo más transparente su gestación –transparente no en el sentido de claridad, sino de “mostrar la hilacha”–, sustrayéndoles la legitimidad que se deriva de un mínimo consenso semántico.

Todo sucede como si nuestros nombres hubiesen carecido de bautizo. O como si hubiese habido pugna, superposición de rituales, y los nombres estos debieran compartir atributos, responder a autorías y autoridades de diversa proveniencia¹⁶.

Y si el nombre responde a un llamado –a una promesa, como sugiere Pablo Oyarzún¹⁷– no estaríamos ciertos hacia dónde girar la cabeza, en cuál dirección responder a aquel apelativo que nos invoca.

Estos equívocos, el hecho de que alguien, que algo no diga, no pueda decir certeramente lo que es –esta vacuidad que enfrenta aquel que nombra, cuestionándolo y haciendo a su vez desfallecer el propio nombre–, puede constituir un pedido, una invitación para que la voz que llama deba hacerlo produciendo a la vez su sentido. Nombrar sería entonces, entre nosotros, resolver lugares una y otra vez.

«Aquí vas a tener que vivir y sufrir cada nombre». Esta afirmación pertenece a *Cita Capital*¹⁸, en boca de

una prostituta que le abre las puertas de Santiago a un foráneo. Nombres y cuerpos están entre nosotros siempre yendo y volviendo en el tiempo; no se están quietos, algo parece impedirles gravitar con todo su peso. El mismo extranjero se queja, más tarde, de otra mujer que vaga por la misma ciudad sin entregársela: «Debo amarte fuera del tiempo: con violencia».

Violencia existe en lo «impropio» de nuestros nombres, señala Miguel Vicuña¹⁹, para quien «el disimulo ha sido la forma de la semejanza» —opta por esta noción, evitando la de identidad— entre sujetos diferenciados y marginados en el continente: los indígenas sometidos, los esclavos negros transportados desde África, así como moros y judíos venidos entre los españoles. Este disimulo, este «ladinismo»²⁰ como estrategia de sobrevivencia ante los modos de aniquilamiento y usurpación de los conquistadores, ante la borradura de las culturas locales y su dislocación por las conversiones forzadas a otra fe, devino —en este «*no man's land* de la substitución», como caracteriza al continente este autor— una práctica «en que lo substituyente y lo substituido se intercambian y se suplantán», con las implicancias que ello tiene en una violencia «plurivalente y ambigua». Propone, a partir de allí, rebautizar el continente como *América Ladina*.

En su vertiente más liviana es este mismo ladinismo el que no *domicilia* los nombres y que permite orillar

la ley, inventarse siempre otro u otra, de manera radical –en los alias que fundan otros mundos– o levemente en descalce con el lugar oficial²¹. El propio Guamán Poma²² recurre a tretas ladinas con los apelativos, insinuando en su «corónica» alcances de nombres entre el suyo –«don *Felipe* Guamán Poma de Ayala»– y el rey de España –el «rrey *Phelipo*»–, que podrían estrechar el vínculo con su desigual interlocutor; o entre éste y su padre –Guamán Mallque, «*segunda* persona del Ynga deste rreyno del Perú, a la rreal Magestad del rey don Felipe nuestro señor el *ssegundo*»–, y lograr así que aquello que para el autor era una urgente misiva llegue a manos y oídas del rey (destino fallido, puesto que tardó trescientos años de inmóvil travesía).

Pero estas tretas en que uno puede ser otro también suponen desde ya la desaparición del nombre que correspondía en aquel lugar, o al menos un desliz, un corrimiento en esa coincidencia, e instala de esta manera un hueco sutil que se va haciendo familiar. En tanto cuerpo que falta, cuerpo incompleto, con faltas, o cuerpo agredido y mutilado, se lo puede reconocer en la figura del «descuartizado» que pesquisó Claudio Durán al realizar un estudio sobre los materiales inconscientes con que el diario *El Mercurio* organizó en los años setenta su trama ideológica de oposición a la Unidad Popular, y las formas en que este medio llamó al res-

tablecimiento del orden, una manera apenas velada de apelar a la intervención de las Fuerzas Armadas²³. El descuartizado trata de un caso de la prensa roja –un cuerpo disgregado, de identidad desconocida, cuyas partes van siendo encontradas en distintos sitios urbanos, hasta llegar a denunciar la venta de empanadas hechas con carne del descuartizado²⁴– que por repetición se expande, como telón de fondo de un relato paranoide, hasta hacerse metáfora del “quiebre del orden” que denuncia la derecha. Para Claudio Durán se trata de una figura del retorno de lo ingobernable, el fantasma de la antropofagia, y hace un paralelo del descuartizado con otras imágenes que circulaban en ese entonces –el afiche con un comerciante de brazos trozados y la leyenda «Comerciante: ¡no permitas que la UP te corte las manos!», o la de los conquistadores españoles cerceñando el brazo de Galvarino en los libros escolares de Historia de aquella época). Durán subraya una suerte de ojo pánico construido por *El Mercurio* entre líneas y entre fotografías no directamente relacionadas, pero que yuxtapuestas elaboraban un relato y una imagen única de gran carga amenazadora²⁵ dirigida al inconsciente de los lectores –y de los no lectores, puesto que las portadas de los periódicos son exhibidas en los numerosos kioskos de la ciudad²⁶. En ese entonces –y antes, ahora–, la figura del descuartizado es un asomo a

la negada violencia del lazo social, una medida de la violencia con que son calladas, mantenidas, dominadas las desigualdades. En *Caballeros de Chile* Armando Uribe indaga²⁷ en las razones de la violencia desplegada durante el Golpe Militar en nuestro país. Mientras el autor abre y juega con las innumerables acepciones y connotaciones del término *caballero*, señala el hondo y constitutivo temor de las clases dominantes respecto de los *rotos*, aquellos que éstas habían mantenido históricamente sojuzgados:

Suerte de convención tácita, que nadie invocaba pero que todos respetaban, en el silencio de los gestos, de las miradas, del roce de las telas. Los observábamos sin cesar. Eran los otros absolutos, los otros de todos nosotros, los otros de todo. [...] Solo existíamos [...] en esta oposición con el mundo de la pobreza. Nuestra identidad la habíamos adquirido solo comparándonos con lo que no éramos: esta es, sin duda, una de las fuentes del sadismo social chileno.

Tal vez sea el cuerpo de aquel caballero simbólico lo que la burguesía presiente que se *descuartiza* durante la experiencia de la Unidad Popular. Como si el intento de revocar las desigualdades e injusticias sociales en

un proyecto político que en la perspectiva de las clases dominantes desataba la carnavalización de las voces – en cuanto no se trataba ya de la voz, suiza o inglesa, del *caballero*, y en tanto la situación política volvía más transparente la factura de los textos legales y el pulso de sus autores–, abriera las puertas, entonces, para que los propios caballeros signaran, en defensa propia y con el miedo a cuestras, el anuncio del *fin de fiesta* –que era poner fin, también, a estos *otros* nombres, a estos cuerpos otros que habían ocupado el escenario público– llevando a los actos la metáfora del cuerpo destrozado, cortado en mil pedazos: *roto*.

La historiografía contemporánea ha dado cuenta de esta honda violencia, pero debiera tener algo que decir sobre la fuga del tiempo en los acontecimientos, en la arquitectura de sitios y nombres en América Latina; esa historiografía se encuentra atravesada de parte a parte por estas lenguas escurridizas, por este material resbaloso a partir del que se construyen los relatos. Algunos atisbos del equívoco entre cuerpos y nombres, su duplicidad, sus desplazamientos, su espejeo, se encuentran, por ejemplo, en los recursos retóricos que despliegan las esclavas negras de la Colonia en el discurso judicial, donde se entremezclan afirmación de identidad y sujeción, nombre propio y dependencia ajena²⁸: «Lucía Carvajal, negra esclava que fui de don Juan de Carvajal», «Francisca

de Fuenzalida, en la vía y forma que más a mi derecho convenga, digo que yo tengo que poner demanda en forma por mi libertad, por haber sido la voluntad de doña Magdalena de Fuenzalida, mi ama». O en la recurrente endogamia en los matrimonios chilenos del siglo XIX, consignada a partir de los registros eclesiásticos de la época²⁹, que permite adivinar que en esta práctica no solo se perdería la diferencia, el riesgo de lo desconocido, sino que se extraviaría también la individualidad: los cuerpos se encuentran ocultados bajo un único apellido que se repite, subsumiéndolos en lo idéntico.

Otros modos de narrar –la literatura latinoamericana, tanto su escritura como su crítica– bracean, se ahogan y nadan desde hace buen tiempo en las aguas turbias de la nombradía. Se trataría de desenfocar, o tal vez de focalizar la política que transpiran algunos textos.

El río en el poblado de Santa María, que transcurre por varias novelas de Juan Carlos Onetti, sería el único elemento que reúne a los personajes cuyas relaciones engrudadas se tensan y destensan en un tiempo sin historia. Vagando por esta comarca, mitad urbe y mitad pantano, la cronología y los pedazos de vida de cada una de las voces que pueblan Santa María parecen chocar con la orilla del río, como si su lechoso fluir, como si el caudal del lenguaje fuese el elemento compartido, la única posible mediación. Los nombres, ¿devenir, simple

fluir entrechocándose con las viejas carcasas mitológicas del pueblo –así el propio astillero–, a cuya inexistencia se aferran los habitantes? Su nombre: *río*, sugeriría Patricio Marchant³⁰.

El trompo en *Los ríos profundos* de José María Arguedas, ese trompo cuyo zumbido giratorio se vuelve el corazón del ritmo de la novela, cuyo silbido fascina y enmudece al protagonista como si fuese otra voz –venida del universo quechua– que se cuele en su lengua, ¿no es acaso otro nombre que se hace posible, que invita, que *llama* en el aire reunido y disperso por ese vibrante murmullo?

En *La Pasión según G. H.*, de Clarice Lispector, el lento y vertiginoso sobresalto ante el otro rompe la aparente apacibilidad de una *posición*, apacibilidad que reposa también en una aparente paz social. La patrona, inmutable en sus iniciales G. H., es enrostrada por el silencio de la “criada” una vez abandonado el servicio, es decir, luego de su ausencia definitiva. ¿Quién era, cómo era esa mujer de nombre Janair, a la que G. H. le cuesta evocar –«se vestía siempre de marrón oscuro o de negro, lo que la volvía toda oscura e invisible»–, cuya presencia y potencia la patrona va aquilatando a medida que se interna en la zona ocupada por Janair en el departamento y las tenues huellas que ésta ha dejado: no solo la silueta de G. H. trazada con carboncillo en la

pared —espejo para la dueña de casa de una cierta vacuidad que ya adivinaba y temía en sí misma, un «vivir entre comillas»—, sino la luz acumulada en aquel cuarto de servicio, la panorámica desde aquel cuarto —como si al observarla a través de los ojos de Janair se le hiciera un privilegiado mirador del departamento— vuelto un minarete y, la de Janair, una mirada de «reina africana», vigía extraño que compartía el espacio atisbando con ojos propios, a pesar de mantener la vista baja ante la patrona, y que ella, G. H., había borrado —¿desaparecido?— en su desconocimiento. Esta caída de lo lejano en lo cercano y de lo cercano en lo lejano, este cambio en su percepción de la distancia, la llevará el resto de la novela al pozo espiral, escatológico y fecundo de aquello —lo otro, el otro— que su puesta en orden evitó ver y tocar.

La amenaza de mundos ajenos, subterráneos y sin embargo colindantes en José Donoso (el mudito y sus pegajosos vínculos con el submundo de dentro y fuera del convento; el oscuro lazo que lo ata al patrón, a quien suplanta en la escritura como en la procreación; el universo de los enanos, en *El obsceno pájaro de la noche*), y en Ernesto Sábato (la sociedad de los ciegos en *Sobre héroes y tumbas*), y la deformidad que presupone la diferencia (cuya económica metáfora se encuentra en la novela *Patas de perro* de Carlos Droguett), con el

subsecuente peligro de contagio, sugieren un vínculo social en permanente transacción en nuestro continente, donde el temor a la diferencia opera como asimilación, reconduciendo la violencia de las desigualdades que son negadas: todos son un pedazo de todos, todos agreden a todos –en lo que podría ser una de las vertientes de lo que Miguel Vicuña denomina «la violencia plurivalente y ambigua». Todos inventan a todos.

Cecilia Sánchez recoge en el pensamiento filosófico chileno de las últimas décadas³¹ la noción compartida de soledad de los latinoamericanos, soledad ante la naturaleza pero, sobre todo, «soledad frente al paisaje social», en que la sociedad misma se constituye en lo extraño, en el «margen fáctico», y los sujetos viven en un profundo desapego a las instituciones; el Estado, la ley y el derecho se vuelven elementos cohesionadores solo en un nivel *epidérmico*. «Los vínculos interpersonales y políticos», concluye esta autora, «son así perversos o desviados; o se establecen contra el “otro” o bien contra sí».

El *nosotros* chileno parece encontrarse precisamente en los modos comunes de esquivar, de sacarle la vuelta a los órdenes unificadores: los de la ley, de la gramática, de la historia, del nombre. Las relaciones cotidianas transcurren por fuera del texto monumental de la Constitución, a los pies, bajo el alero de aquel monolito de escritura. Aguas revueltas, corrientes encontradas se

forman en el choque de esta inmóvil y respetada mole de la palabra normativa y el desatado carrusel humano que busca y a la vez elude aquel pilar. Son estas mareas, de algún modo, las que le imprimen intensidad a los lazos sociales. Se convidan y comparten obediencias, nomadías, desacatos, evitamientos, resquicios. Se erigen otras tablas. Se crean otras lenguas, se traduce. *Se*: pronombre impersonal que guía las marejadas cuando son marejadas. La seducción del gran relato del Derecho —porque no todos los grandes relatos están en crisis— estriba tal vez en la ilusión de que las palabras legales se constituyen en certeras, en el ahilado guión de los actos cometidos y por cometer que reseña su libro. Se juega en el convencimiento de que un hilo, un hilo al menos, amarra aquel libro, aquella narración que da cabida a las más disparatadas experiencias de los territorios sueltos que conforman la nación, a las palabras a medias, a las palabras de materiales inciertos, a las incompletas palabras (suponiendo —nada más alejado de este suelo— que ellas puedan ser completas o definitivas). De allí la pasión por decir, sabiendo que no *se* podrá decir todo aquello por decir, las palabras mismas hallándose truncadas, en una revuelta histórica que invalida la polaridad entre lo cierto y lo falso. De estos hiatos surge la arcilla de la lengua, su inventiva. Arcilla: las palabras mudan según quien les imprime una forma; la forma

depende de las circunstancias. En el análisis de la *Gramática* y la *Ortografía* de Andrés Bello, Julio Ramos³² pone de manifiesto la voluntad de control inscrita en la uniformización de la lengua, vinculando el simultáneo deseo de Bello de propagar el «buen decir», el «decir correcto» y la unívoca escritura e interpretación de los textos legales. De la misma manera que para Bello era de primera importancia alejar del léxico las palabras que llevaban en demasía adherido el cuerpo, podríamos decir que la Constitución venía a zanjar el cuerpo a cuerpo de un vínculo social carente de ley. Hacer uso de la *gramática parda* es precisamente hablar el lenguaje de quienes saben navegar dentro y al borde de la ley.

Los nombres, las apelaciones, no poseen entonces tope entre nosotros. En el momento de nombrar se sustrae la *diferencia* que separaría: el tú es nosotros, todos un pedazo de todos. Una lectura simbólica de la diferencia entre los sexos es la que ha hecho Sonia Montecino³³, al interpretar la relación entre mujer y hombre en términos de «madre y huacho» –lectura cuestionada desde la historiografía que ha levantado varios sectores sociales y figuras de mujeres cuya adscripción principal no es la maternidad, sino por ejemplo su oficio³⁴, pero cuyo interés podría precisamente residir en la generalización y la reducción dramatizadora de esta lectura–; una indistinción o simbiosis

que también podríamos entender como que el uno sería, entonces, *pedazo del otro*. El hombre repetiría el abandono del que fuera objeto su madre, reparando su propio nombre incompleto en una nueva fuga; la mujer bautizaría simbólicamente al hombre como hijo suyo, de manera de signar un reinado puertas adentro de breve duración. Todos pedazos de todos, todos agreden a todos. ¿Quién recoge las herencias materiales y simbólicas del nombre? En nuestro país la falta de “reconocimiento” de algunos hijos y, hasta hace menos de dos décadas, el distingo entre diferentes categorías de hijos –nacidos dentro o fuera del matrimonio– le otorgó por largo tiempo a un importante sector de la población la calidad de hijos e hijas –¿ciudadanos y ciudadanas?– *ilegítimos*.

Ilegítimos o fuera de la ley, los personajes en las novelas *El río*, de Alfredo Gómez Morel, y *Chicago chico*, de Armando Méndez Carrasco, se sitúan fuera de la ciudad –la ciudad real y la “ciudad letrada”– así como fuera de la lengua dominante y del patronímico. Su orden es el del coa y de los apodos, el de los apelativos a secas para las mujeres (lo que tampoco es una práctica original).

Pensando desde la experiencia de la radical falta de *inmunidad* corporal vivida bajo la dictadura militar podría sugerir, para antes y después de esa época

terrible —que en demasiados aspectos no constituye un paréntesis en la historia del país—, que más allá del afán de la Concertación por tecnificar la relación con los movimientos sociales, la búsqueda subjetiva de *nombra- mientos* institucionales constituye también un secreto anhelo de protección, de poner nombre y cuerpo a resguardo: así en las Juntas de Vecinos (con sus consuetudina- rios cargos de Presidente, Secretario y Tesorero), en la adquisición (obligatoria en la institucionalidad de las dos últimas décadas) de una “personalidad jurídica” por parte de las diferentes organizaciones comunitarias, en fin, en el aspecto normativo y *leguleyo* que acompaña y ha acompañado a la cultura gregaria chilena. Como si al actualizar la noción de «ciudad letrada» de Ángel Rama —tan certera para la historia de este país— «lo sagrado», habiendo cambiado de campo y abandonado a la palabra como a la escritura, se cifrara exclusivamente en la lengua legal —sus tráficos incluidos— y de este modo una de las ansias de participar en sus circuitos estaría dada por la relativa «seguridad»³⁵ que otorgaría. «Re- visitando la identidad» en sus excéntricos modos latinoamericanos, el crítico literario Julio Ortega³⁶ propone la noción de «suma hipotética»: una identidad paradójica y pluralizada que «ya no padece sino que celebra todos sus nombres». Alejándose de las lecturas que privilegian la homogénea trama de la dominación

y la subalternidad, Ortega ubica las negociaciones de los sujetos no solo en un más allá de los gestos y las prácticas, sino en el corazón mismo del nombre. Sin embargo, cuando entra en escena lo institucional en nuestro país –tanto en las múltiples formalizaciones de organizaciones de base como en los nombramientos de cargos en los sucesivos gobiernos de la Concertación–, sucede como si aquella suma hipotética fuera de pronto hipotecada, forzando la uniformidad –el denominador común–, la univocidad de la lengua, que opera entonces sobre los asuntos que le incumben con similar voluntad de nombramiento: la fijación.

El diccionario de Julio Casares define el nombre como «palabra con que se designa una persona o cosa para distinguirla de las demás, como título de una cosa, fama, reputación, como autoridad, poder o delegación con que alguno actúa en lugar de otro». Pienso que la definición latinoamericana de la misma palabra –escrita ya en los muros y otros textos sueltos de nuestro paisaje y de nuestra literatura– es tarea de una comunidad de pensamiento crítico en el continente: pensar desde adentro de los nombres, desde su lenguajera disparidad. ¿Cómo no hacerlo si somos, en otro extremo, el continente que acuñara el escalofriante término de *desaparecidos* sin que aquella noción, la realidad que nombra, nos sobresalte?

La Quintrala era analfabeta, pero de los latigazos suyos, según Olga Grau³⁷, hizo una firma para la historia.

Hoy atraviesan la ciudad los impersonales buses del Transantiago, pero antes de éste los choferes de micro –aquel cuerpo malpagado que se cobraba en dopajes y atropellos a los pasajeros, sobre todo aquellos de *poca monta* (recordemos: violencia plurivalente y ambigua)– escribían con letra cursiva el nombre de sus máquinas; nombres intimidantes como *El Depredador*, *El Halcón Milenario*, *Duro de Matar*; *La Jaqueca*, *La Bala Humana*, *La Amenaza Fantasma*; nombres melancólicos como *El Petrolero de Medianoche*, *El Forastero*, *Gracias a mi Padre*; nombres con amorosa dedicatoria –a pesar de haber sido las mujeres, según numerosos testimonios, particularmente maltratadas como pasajeras–: *Mi Gatita*, *La Katherine*, *Mi Flor*, *Mi Regalona*.

La loca se dirige a la estación de Metro, a la estatua Baquedano, como si le hablara a un cuerpo. Las *locas* de la Plaza de Mayo en Buenos Aires reclaman incansablemente por el cuerpo de sus desaparecidos. [2000/2012]





Devolver los nombres a los cuerpos

A modo de obra fragmentaria o “novela abierta”³⁸, de expediente a los que se han arrancado algunos fajos – desapretando los hilos y evidenciando así que este puede ser no solo consultado, sino completado con otras piezas–, las páginas de estas monografías se recorren como el *trabajo en proceso* de una compleja narración: narración desafiada por la diversidad y la densidad de sus protagonistas, por la intrincada madeja de sus apasionadas y muchas veces dramáticas relaciones, por la participación, resistencia o ambivalencias respecto del orden social y simbólico dominantes en el tiempo y espacio concreto en que deben urdir su propia trama, en las intrigas que devienen de esta confrontación y las estrategias corporales, discursivas, mediante las cuales estas y estos protagonistas negocian, reconducen o reinventan su posición y, más aun, redefinen el propio escenario de poder en que tiene lugar su relato.

Hay un placer transmitido por la escritura que despliegan las autoras y los autores de estas monografías, cuyo ademán no es aquel de la restitución de un saber

instituido, con el disciplinado y tedioso pulso que remeda la pluma del escriba, sino la inquieta pulsación que explora territorios mal conocidos, desvirtuando así las perspectivas consagradas y arriesgando otros instrumentos de conocimiento, entre ellos el propio lenguaje, la propia gramática, que parece tener que quebrantarse para dar con su objeto, plegarse a los caprichos y exigencias de este objeto que adquiere así, en el duelo con el autor, el estatuto de sujeto.

Placer literario, entonces. Placer y congoja no solo en el desarreglo de la voz autoral sino en el arreglo de las voces citadas, en la composición narrativa de aquellas voces rescatadas de los archivos del Estado para imprimirles otro transcurso. Bogan hasta aquí las trenzas cortadas de esclavas y amantes en la Colonia; aquel feto que corre por las acequias interiores de la casa en calle Vergara; la ilusión y la materialidad del retrato fotográfico del hijo, a cambio del cual las mujeres madres del pueblo acceden a la visitación –entre ayuda y control– de las damas aristocráticas de principios del siglo XX, escenas entrevistas a través de los aparentemente ingenuos y traslúcidos escaparates de mamaderas ahiladas en la Gota de Leche; los cuerpos gimnásticos de mujeres adolescentes ahiladas –ellas también, pero bajo la forma de una cruz– frente a las autoridades de un Estado tan asistencial como gendarme en los años veinte y treinta;

la *pelusa* que sueltan las telas, la confiscación del tiempo, del cuerpo y del sentido en los ritmos de trabajo y la vida bajo luz artificial de las operarias de los talleres textiles de Patronato hoy. Placer en la lectura de una narrativa que evita la mirada maniquea y normativa, que se entrega a lo tembloroso, a lo incierto de los vínculos, a lo incierto del lenguaje, al poner énfasis, gran parte de estas monografías, en las *articulaciones* que construyen historia. Lo señala María Angélica Illanes:

Articulación es orden y organización y es, al mismo tiempo, flexibilidad [...] Es interrelación y prolongación en el otro, no es un “en sí” puro [...]. Es un *juego*: de poderes, de fuerzas, de sujetos, de actores; juego de combinaciones, de mimetismos, de comerse al otro hasta llegar a ser como uno mismo, conquistando su territorio. Pero, al mismo tiempo, cada uno de los elementos que interactúan y se conjugan mantienen rasgos importantes de su propiedad [...]. No hay pérdida de sujeto.

Estas monografías dan cuenta, así, de la articulación entre las épocas y sus culturas –coexistencia y embates entre lo tradicional y lo moderno–, entre mujeres y hombres –las prácticas de poder en las relaciones entre esclavas y amos, prometidas y seductores, monjas y confesores,

mujeres madres y médicos, trabajadoras y patrón, prostitutas y cafiches—, entre clases —las desigualdades intra-género que conlleva la relación entre ama y sirvienta, entre mujeres madres de la aristocracia y del pueblo, entre feministas “académicas e intelectuales” y poblacionales, o la igualdad de las relaciones horizontales y de solidaridad, como entre las artesanas de Mincha en el siglo pasado o entre las pobladoras memoriosas de la zona sur de Santiago—; también entre ideologías —la polémica alianza entre las feministas confesionales y librepensadoras en el movimiento sufragista—, entre posiciones —las políticas de la mirada, que acatan o revierten el orden de los lugares— y, por último, estas monografías dan cuenta de la manera singular en que se conjugan, se declinan, se ponen en juego entre sí estos conflictos en una escena, en un espacio-tiempo determinado.

Tal vez sea este un afán compartido por la literatura (aquella que escapa a la lengua dominante): instalarse precisamente en los jirones donde la historia hace hueco, donde ha sido perdido el sentido, indagando en las junturas, en aquellas que duelen, que ensamblan un determinado silencio que ahí mismo se apodera y ciñe el lenguaje: lo censura, lo impide o lo exige, y lo reta a establecer cruces que inauguren nuevas conexiones de sentido, líneas de fuga en la interpretación. Cumple así cierta literatura, así como cierta historiografía, con

el cometido de socavar, de introducir el desconcierto en los archivos del Estado, entendidos –en palabras de Idelber Avelar– como «catálogo paranoide que cubre el recorrido de cada sujeto»³⁹. Es decir, rompe con su linealidad, con lo unívoco de sus tráficos y, entre ellos, con el tráfico de mujeres.

En estas páginas los enfoques de género –en ocasiones “historia de las mujeres” y en otras perspectiva que vincula la diferencia de los sexos con otras estructuras de poder– realizan una vez más la radicalidad de su crítica al hacer visible –tangible, diríamos en algunos casos– el subtexto de la Historia Oficial, los motivos y móviles que la recorren en filigrana, que la alumbran para desdecirla o para entenderla en sus dobleces. En ellas se hace justicia a las mujeres al analizar, parafraseando a Nancy Armstrong, la “dimensión histórica del deseo”⁴⁰, ubicándolas como dueñas de estrategias en la forma de complicidad con un orden ajeno, de tretas del débil, de proyectos quebradizos e inconclusos, o de voluntad realizada de inscribir su identidad en la memoria colectiva. Podemos –incluso en la inmovilidad colonial de las mujeres– leer los capítulos de un relato en marcha, de un cuerpo incómodo, de un habla que tantea y se busca; así como gestos que parecen ruinas remotas, pero que sin embargo perduran, bajo otras formas, en nuestro presente.

Quisiera subrayar las tensiones entre cuerpo y discursos que enfatiza esta publicación, por encontrarse allí, a mi parecer, gran parte del espesor narrativo e histórico que proponen estas monografías. La focalización en los cuerpos –que no es exclusiva de las aproximaciones de género, pero sí ineludible al momento de averiguar las finas ecuaciones políticas y simbólicas que se constituyen entre protagonistas sexuados– invita a leer la gestualidad de estos cuerpos en clave política. Esta gestualidad se constituye en *documento*, según Alejandra Araya Espinoza, en el contexto de la cultura oral de la Colonia, y las coreografías que producen las mujeres sufren la reducción de una lectura en «díadas conceptuales», cuyo único horizonte es su «decencia» o indecencia. (¿No es precisamente allí, en los cuerpos, donde se marcan de manera más obstinada los mandatos? En la década de 1970 Elsa Chaney concluye para Chile y otros países latinoamericanos que el modelo ideal de liderazgo para las mujeres es –sigue siendo–, la decencia)⁴¹. Es también en la Colonia, según Rosa Soto Lira, que el propio cuerpo, pactado en el presente para una libertad futura, se vuelve rehén en las estrategias de las esclavas negras para revertir su “vientre esclavo”. Los cuerpos son productores simbólicos (en los rituales de neutralización actuados por las mujeres aristócratas) y mediadores de una alianza “entre madres” de las mismas mujeres aristocráticas durante las

visitas sociales de la Gota de Leche, en que auscultan los pechos de las madres populares, re-enhebrando así su lazo de lealtad, según María Angélica Illanes. Los cuerpos son el blanco de las tecnologías políticas de disciplinamiento (la educación física y las revistas de gimnasia, entre modelos femeninos y marciales de la época en las escuelas de mujeres, según Celina Tuozzo. Este constreñimiento de los cuerpos de mujeres es corroborado por «El verdadero corsé», análisis histórico de los mandatos de la moda y la cosmética en los mismos años treinta, realizado en otro estudio por Raquel Pardo⁴²). Son máquinas de producción cuya plusvalía es celosamente resguardada, y objeto de violencia por parte tanto de patronas y patronos como de las propias trabajadoras de los talleres textiles de Patronato, en una lógica desenfadada de la explotación según Olga Ruiz, Sandra Solano y Claudia Zapata.

En todos estos análisis queda a la vista el soterrado y estrecho vínculo entre cuerpo y Estado, sus publicidades y sus íntimas implicancias, que rompen una vez más la separación ideológica entre los ámbitos públicos y privados. Quien habla de corporalidad remite necesariamente a los espacios en que ésta se despliega, sin concederle primacía a esos ámbitos por sobre los cuerpos. Marcia Stephenson⁴³, basándose en una lectura de Mark Wigley, ha advertido sobre la dualidad de ciertos discursos –feministas y otros– que proponiéndose denunciar

el “cautiverio” de las mujeres en la casa-hogar, vuelven a darle un giro a la llave del mismo encierro por la falta de ubicación de éste –y otros recintos– en un orden simbólico e ideológico mayor. La casa, dice esta autora, se constituye en violencia por la “domesticación” que allí se cumple y por el orden estatal que se encuentra allí realizado, orden que se vincula a la propiedad del padre (y a la limpieza para él: *propreté* y *propriété*, según resalta Hélène Cixous y Catherine Clément⁴⁴). No se trata de plantearse la disyuntiva de «salir» o «no salir» de la casa, sino de las distintas formas de esquivar aquel *orden*. Podemos ver entonces distintas formas en que se administra esta articulación, y en que se subvierten sus términos. Celina Tuozzo destaca la amenaza que representan para las autoridades, en los años treinta, las mujeres que danzan o migran. Alejandra Brito evidencia las estrategias modernizadoras –ilustradas y capitalistas– para *sacar de la calle*, en el cambio de siglo, a las mujeres populares, fuertemente identificadas con su oficio, y para hacer de estas mujeres que poseen grandes márgenes de autonomía el pilar de lo que Arturo Alessandri llama «la influencia moralizadora del hogar». Las “recaderas” o “sirvientas de razón” de la Colonia se desplazan por la ciudad, es cierto, y son hacedoras de cultura, pero el movimiento que es suyo posee la libertad vigilada de un circuito simbólico que les fuera enseñado en las Casas de

Recogidas, cuyo sentido de existencia y principio didáctico es precisamente “evitar el vagabundeo”. ¿Qué sería el vagabundeo? ¿Es solo libertad de movimiento o es movimiento sin atadura, sin puerto? ¿O bien recorrido pulsado por puertos propios, puertos alternos, que escapan de la topología dominante, a la sintaxis de rigor, que sacuden el orden de los lugares profundamente inscrito en los cuerpos? ¿Dinámicas que crean pequeñas y grandes *heterotopías* (Foucault): desencuentro de los cuerpos, de los nombres, de las categorías con el lugar esperado? Las fuerzas normativas del hogar engarzan con aquellas del disciplinamiento del capital, lo que vuelve las relaciones de género un *asunto capital*. De allí que estos estudios pueden ser completados por otras investigaciones en torno a las figuras masculinas chilenas de la *fuga* en los «vagamundos» (Víctor Toledo⁴⁵), en los «andariegos» (Jorge Pinto⁴⁶), en los «torrantes» (Gonzalo Falabella⁴⁷).

Estas monografías no eluden entonces las imbricaciones entre cuerpo y discurso, los modos en que éstos calzan o se divorcian, sus brechas, sus artilugios, sus violencias, sus huellas mutuas. De la misma manera que algunas leen los cuerpos como textos, otras monografías buscan indagar en el cuerpo de las escrituras: en la novelística, como lo hace Eugenia Brito tras la huella del habitante de los márgenes, no solo literalmente expulsado de las ciudades, sino literariamente expulsado de la

“ciudad letrada”, quien emerge a partir de los años cincuenta con una ética y una estética propias; en los relatos conventuales, leídos a su vez como literatura, buscando en la tinta de las monjas escritoras las enrevesadas formas de transgredir las atribuciones de género vigentes en su época; en los discursos de la maternidad científica de principios de siglo, que insisten en los deberes de las mujeres madres en desmedro de sus derechos.

Otra gran interrogante que atraviesa estos fragmentos de historia es el nombre propio que parece siempre estar en parte sujeto a un nombre ajeno: el de la esclava a aquel del amo, el de las señoras a aquel de los señores de la aristocracia, el de los novios a aquel de su familia común. En la otra rivera, esa de la ciudad de los extramuros en las novelas de Méndez Carrasco o de Gómez Morel, los nombres llevan apellidos cambiantes: son apodos para los hombres y nombres sin apellido para las mujeres. ¿Qué parte de estos desplazamientos en el patronímico corresponde a prácticas de dominación –nombrar y poseer así al otro–, de subordinación –replicar, mimar el nombre de quien silencia el propio–, de ladinismo –juego de máscaras y hurtos–, de resistencia –rebautizarse con nombre propio–, de anulación –suprimir por *ninguneo* las señales ajenas? ¿En qué obedecen a identidades más múltiples? Esta pregunta, crucial para entender las formas históricas de nuestro vínculo social y el orden de género en nuestro

país, se me hace urgente para proyectar en el tiempo la actual tolerancia a una historia basada, ayer como hoy, en nombres y cuerpos *desaparecidos*.

Estas monografías rescatan parte de esa desaparición y nos devuelven no solo *el alma al cuerpo*, sino *el nombre al cuerpo*. [1999]

Golpes sin cuerpo

Vivimos tiempos de goma⁴⁸. Los conflictos parecen so-
focarse, recubiertos rápida e imperceptiblemente por un
discurso que se propone trascenderlos y para el que toda
marcación de diferencia es leída como escollo, detención,
accidente en un rumbo naturalmente prefijado, incues-
tionable y común. Vivimos, por ello, tiempos de blanda
violencia en que los golpes son propinados sin cuerpo,
sin nombre, sino en nombre de una ideología sin dueño.

La confrontación entre los dos candidatos a la pre-
sidencia –que precede, y preside también, a este gobier-
no– ya estaba marcada por aquel silencio implosivo que
hiciera posible la polisemia de la noción de *cambio* (po-
lisemia que solo es tal para el mercado político, lingüís-
tico; desde la historia –aquella que quieren dejar atrás
las ideologías de la modernización, de la seguridad, del
consenso, de la eficacia– y desde nuestra historia del
lenguaje, esta noción de *cambio* es un campo de sentido
que se halla en disputa, del mismo modo que lo es-
tán la memoria, la cultura, el cuerpo y tantos otros que
han sido reducidos, despotenciados en la actual política

dominante del mínimo denominador común). Lavín, de obediencia –este término religioso nombra hoy la dinámica de los vínculos políticos de manera más aguda que las pertenencias orgánicas– pinochetista y Opus Dei, se torna un hipercandidato (en el sentido que Baudrillard da a la raíz *hiper*), se traviste en *todos*. Es un constructo publicitario, *es* las diferencias encarnadas en un no-cuerpo, en central, en matriz de administración. Aquella temible amenaza –y aquel pavoroso reflejo del estado de cosas en la cultura política nacional– es el paisaje de fondo del gobierno de Ricardo Lagos, el paisaje construido por la dictadura y la posdictadura, por la silenciosa Transición. Uno de los gestos que responde a aquella difícil contienda electoral es que, ante la mariana y diligente figura femenina que acompaña al candidato de derecha, la mujer del candidato de la Concertación –figura autónoma por declinación de las imágenes públicas– termina recostando su cabeza en el hombro del marido. Tal vez sea esta la primera frase que podamos leer en el campo de los conflictos de género de este gobierno.

No se trata aquí de evaluar una administración, tampoco haré un balance de los avances e incumplimientos en la deuda histórica de este país con las mujeres, en lo que se podría llamar la agenda política feminista. Deseo más bien indagar en algunos signos, dar con algunos de

los elementos simbólicos que conforman los escenarios públicos actuales y que producen activamente nuestra desazón.

En estos tiempos de goma pienso que detener la mirada sobre los cuerpos –sobre el hiato o intervalo entre discurso y cuerpo, sobre el discurso corporal o el cuerpo sexuado del discurso–, como lo ha propuesto entre otras la crítica feminista, conserva su promesa; aunque el ojo deba multiplicarse, hacerse húmedo y forzar también la visura vidriosa de los lentes de color que ofrece el mercado, leer de manera fragmentaria, discontinua, y sin embargo construir relato, componer sentido. (Allí duermen hoy, creo, algunos no-dichos que duelen).

Juntaré entonces materiales dispares. Lo haré entre la pantalla y la calle, en esa actualidad que ocurre más lenta, más veloz, más corrosivamente que en el seno de lo que se ha llamado “noticia”.

El cuerpo del presidente Ricardo Lagos⁴⁹ se presenta como aquel de la tradición ciudadana, portador del verbo, de la Historia, de una cierta dignidad. La presencia es la de un sujeto con biografía, heredero de un linaje masculino (por madres interpuestas), predestinado a ocupar un lugar central; esta cartografía ya ha sido organizada en la estructura simbólica y en los capítulos de la carrera, tanto interna como pública, de los partidos tradicionales).

Es a partir de esta prestancia física y de esta concepción de ciudadanía que el gabinete de este Presidente levanta una de las metas más exigentes, y una de las acciones gubernamentales más bulladas del período: la supresión de las indignas colas frente a los consultorios. La pregunta por el sexo que compone estas trasnochadas colas no ha sido formulada: mujeres que ejercen un invisible servicio –un trabajo sin pago– para la economía familiar –en la división sexual de los trabajos– y cuyo aporte significa, en última instancia, un subsidio al sistema público de salud. Esta figura no podía ser realzada por el personal de salud, en cuya base de las jerarquías simbólicas y remunerativas se encuentran como mayoría mujeres en cargos más directamente ligados a la idea de servicio. Tampoco podía serlo por el gobierno, puesto que en la propia designación de los ministerios prevalecía la asociación entre mujeres y áreas serviciales, y dado que la meta política es enunciada por la voz ciudadana masculina –cuerpo que supone a partir de sí un universal de ciudadanía–, en tanto debe ser técnicamente cumplida por la neutralidad de una *cartera*, de un cargo que escamotea la diferencia sexual, que carece de cuerpo. “Las colas” son grupos de mujeres esperando un número para ser atendidas y atender ellas, a su vez, a los otros. El cuerpo sexuado y propio que es allí sustraído es el mismo que se sustrae

en la ausencia de debate sobre el aborto. Esta polaridad –desconocimiento del cuerpo en las políticas cotidianas y abanderización del cuerpo en los temas feministas más “duros”– tal vez sea una repetición de la trama que anuda la cultura política nacional, que no concibe o no construye relatos de los territorios de entremedio: entre Estado y sociedad civil, entre familia y Estado, entre casa y ciudad, entre “centro” y “margen”, entre ley y mandatos culturales, entre institución y cuerpo. El nítido recorte constitucional contagia el *mapa de aguas* que es nuestro paisaje cultural, más turbio, más mezclado que como lo hablan el derecho, la clase política y la prensa. (Los órdenes maternos y paternos se entrelazan, se alían, se hacen cómplices, se tensan, sin ser dirimidos; de ello no terminamos de dar cuenta).

En contrapunto la Fundación Chile Unido, cercana a la extrema derecha, pone en circulación por la ciudad un afiche contra el aborto: en paraderos de micro, replicando una campaña anterior que invertía los sentidos de un juego de azar⁵⁰ en la violenta expresión «Raspa y pierde», una mujer desnuda, de espaldas y en posición fetal, acompaña el texto que dice: «Al matarlo, algo de ti muere». No me detendré en la violencia reiterada de estas formulaciones, sino en la imagen que presenta: una mujer desnuda, flotando de espaldas sobre un fondo blanco. Una mujer sin rostro y sin entorno, una mujer

que al ser cuerpo es recortada, extraída del contexto que es suyo; una mujer asimilada no solo al hijo por la posición abarquillada, no solo a la culpa por el mismo gesto replegado, sino que –por la ausencia de coordenadas que circunda aquí a este cuerpo–, reducida a una “metáfora”, en contraposición⁵¹ al estatuto de sujeto histórico concedido a los hombres.

Otro acontecimiento ha golpeado los imaginarios de género, complejizado por su reciente y tal vez provisional desenlace: la narración que transcurre a partir de la Casa de Vidrio. Dos creadores –no entraré en la cuestión estética– realizan una llamada *performance* por persona interpuesta. Dos hombres contratan a una mujer que debe llevar a cabo, en representación de ellos, una acción cuyo soporte es su propio cuerpo. Este cuerpo posee un escenario: una vivienda (¿cómo se inscribe este proyecto arquitectónico en la historia social de la vivienda en Chile?) transparente –cita de las condiciones actuales de habitación (¿para quiénes?)– sobre un eriazo céntrico. Vivimos tiempos de goma: este modelo de hogar sin ubicación histórica ni territorial se vuelve *la casa*, y esta mujer, que debe ventrilocuar el deseo de los creadores, es una modelo profesional. ¿Tedia asociación repetitiva entre mujer y casa, o puesta en escena –*acting-out*, más que *performance*– de la violencia allí encerrada? Este cuerpo de mujer –más allá de las reacciones

masculinas callejeras, profusamente comentadas en la prensa— sabe de modelaje, de ciertos códigos gestuales que construyen un texto poderoso y cuya productividad quedó demostrada en su posterior aceptación para participar en la publicidad de un producto limpiavidrios. ¿Se rebeló este cuerpo de mujer sin voz, exacerbado por las citas que debía realizar, tornándose para *sus* creadores en *juguete rabioso* (parafraseando a Roberto Arlt)? ¿Se autoprodujo en la producción de otros? ¿Era todo el proyecto, desde su concepción, un producto susceptible de volverse mercancía, y en ello operó también este cuerpo-metáfora de mujer?

La primera dama impulsa la campaña “sonrisa de mujer”. Este proyecto toca una zona silenciosa que alude a la dignidad física de las mujeres: seiscientas mil mujeres tendrán derecho a componer su dentadura. Esta descomposición, histórica en los sectores populares, ha sido un grito no visto, una marca social y de género que habla por sobre y debajo de las palabras. Más allá de su evidente impacto, ¿cómo leer esta política? ¿Cómo otorgarle nuevos sentidos? ¿Qué relaciones desentrañar entre los dientes y la aparición pública? ¿Qué ecuaciones articular entre cuerpo, estética y clase social? ¿Y entre estética y salud pública? ¿Entre género, estética y mercado (laboral u otro)?

No me parece insensato asociar los hilos sueltos de los episodios antes descritos con la persistente —en algunos

casos creciente— resistencia conservadora a las históricas políticas por la igualdad de género. Una de las interrogantes que ellos plantean es la dificultad de abordar los cuerpos de mujeres en su diferencia y romper, a la vez, con aquel otro signo —en el que se coluden, por sobre las posturas contingentes, los fundamentos de la Iglesia y ciertos fundamentos feministas— que hace de estos cuerpos-baluartes, en un oscilamiento polar entre la pasión y la virtud⁵², los exclusivos depositarios de la moral social, entramando así el debate sobre la violencia sexual, el aborto y otros. El campo de tensiones en torno al género parece hoy desierto; parece haber sido desertado no solo por la falta de acción pública, sino por la falta de acción que se supone al lenguaje, por la ausencia de lenguas que abran y desdoble los actos. La sobre-especialización de los discursos característica de la Transición es tal vez una de las variantes de lo que he llamado la lengua *diurna* en que se tradujo, con el fin de la dictadura y la instalación de la nueva institucionalidad, la poluida e inestable lengua del movimiento feminista y de mujeres⁵³. [2000]